

nuevo (1). Este anhelo por lo nuevo no era sin embargo condicion exclusiva de los ciudadanos de Atenas, aunque tanto se distinguieron por ella, como refiere tambien Plutarco. El incentivo que va unido para nosotros á la novedad, y el placer que hallamos en la percepcion de lo que antes ignorábamos, no nace de otra cosa, sino de haber sido formado nuestro espíritu para la verdad, hácia la cual se mueve por consiguiente en virtud de una tendencia ingénita. «Todo hombre desea naturalmente saber» (2) es la célebre sentencia con que Aristóteles dá prin-

(1) Hechos de los Apóstoles, 17, 21

(2) Πάντες ἄνθρωποι τοῦ εἰδέναι ὀρεῖσθαι. Aristóteles, *Metaph.* I. I.

Tantus est innatus in nobis cognitionis amor et scientia, ut nemo dubitare possit, quin ad eas res hominum natura nullo emolumento invitata rapiatur. Videmusne, ut pueri ne verberibus quidem á contemplandis rebus perquirendisque deterreantur? ut pulsati requirant et aliquid scire se gaudeant? ut aliis narrare gestiant? ut pompa, ludis atque ejusmodi spectaculis teneantur, ob eamque rem vel famem et sitim perferant? Quid vero? qui ingenis studiis atque artibus delectantur, nonne videmus eos nec valetudinis, nec rei familiaris habere rationem? omniaque perpeti, ipsa cognitione et scientia captos? et cum maximis studiis et laboribus compensare eam, quam ex discendo capiunt, voluptatem? . . . . Ipsi quaeramus a nobis . . . . quid historia delectet, quam solemus persequi usque ad extremum: praetermissa repetimus, inchoata persequimur. Nec vero sum inscius, esse utilitatem in historia, non modo voluptatem. Quid quum fictas fabulas, e quibus utilitas nulla duci potest, cum voluptate legimus? Quid quum volumus nomina eorum, qui quid gesserint nota nobis esse, parentes, patriam multa praeterea minime necessaria? quid, quod homines infima fortuna, nulla spe rerum gerendarum, opifices denique, delectentur historia? . . . Quocirca intelligi necesse est, in ipsis rebus, quae discuntur et cognoscuntur, invitamenta esse quibus ad discendum cognoscendumque moveamur. Cic. de fin. I. 5 c. 18. 19.

cipio á su Metafísica. «Addison y cuantos han escrito sobre esta materia,» dice Hugo Blair, «han contado la novedad, por ejemplo, por una de las fuentes de este agrado. Un objeto, que no tiene ningun mérito que lo recomiende, solo por ser singular y nuevo produce en el ánimo una conmocion viva y agradable... Las ideas y los objetos con que estamos muy familiarizados, hacen una impresion demasiado débil para que pueda poner nuestras facultades en un agradable ejercicio: pero los objetos nuevos y estraños despiertan el alma de su adormecimiento, dán-dole un impulso vivo y plácido. De aquí proviene en gran parte el entretenimiento que hallamos en las ficciones y en los romances. La conmocion excitada por la novedad es de su naturaleza más viva y punzante que la escitada por la belleza; pero de más corta duracion: porque si el objeto no tiene en sí mismos encantos que ceben nuestra atencion, se desvanece pronto el brillante barniz que le dió la novedad» (1).

Observamos tambien nosotros que el deleite nacido de la satisfaccion de nuestra curiosidad es tanto más sensible, cuanto es mayor la expectacion de nuestro ánimo, el deseo de ver desenvolverse las razones ocultas que se revelan en hechos extraordinarios, el resultado de fuerzas contrarias ó de las que conspiran á producir el

(1) Leccion V., pág. 116, traduccion de Munarriz.

mismo efecto.—Que lo sorprendente, lo raro, lo maravilloso tienen para nosotros bajo este concepto igual importancia que lo nuevo, ya nos lo ha indicado antes Hugo Blair (1).

85. La necesidad constante de sucesión, y el placer que hallamos en la variedad de los objetos de nuestra actividad, así perceptiva como expansiva, se pueden explicar por el carácter ilimitado de la virtud que tiene nuestra alma en orden al conocimiento. Una cosa finita podrá en cierto modo moverla, podrá de algún modo ocuparla; pero satisfacerla, eso de ningún modo: así que, en el punto que un objeto deja de ofrecer nuevo pasto á su actividad, ésta desea y busca otro objeto diferente.

A esta razón se añade otra, aplicable á la facultad de sentir. Las propiedades variables de los cuerpos, v. gr., la sucesión de diferentes figuras, colores, tonos, olores, facilita el juego de los órganos por efecto cabalmente de la diversidad, del contraste; y por el contrario, cuando los objetos son completamente uniformes, los órganos se fatigan quedando como embotados. Tal parece ser el efecto de cierta saciedad. Porque á cada potencia sensitiva corresponde una medida determinada de los efectos que causa la influencia de un objeto corpóreo en el organis-

(1) Τὸ δὲ ὀμοιωτικὸν ἦδύ, dice Aristóteles, y lo prueba con el hecho de que «cuando narramos, añadimos alguna cosa para dar mayor interés al asunto.» Poet. c. 25. n. 10.

mo físico: y así, cuando esta medida se llena, la naturaleza tiende á verse nuevamente libre de la influencia de dicho objeto.

86. Entre los objetos de la «complacencia estética» ocupan un lugar preferente en las obras sobre las bellas artes el *ridículo* y lo cómico (1); y por cierto que la metafísica de estos objetos no es ni con mucho llana. Parécenos, sin embargo, que Krug tiene toda la razón de su parte cuando dice (2), que la definición del ridículo por Aristóteles, con una nota que se le añade, y determinándose más el fondo de la misma, resulta enteramente buena y muy preferible á la de los otros estéticos. Tal es asimismo nuestro juicio á vista de las nuevas investigaciones que más estensamente nos presenta Vischer sobre el asunto (3). Si Krug las hubiera tenido presentes, de seguro no habrían tenido que sufrir una censura más benigna que la que recayó sobre las esplicaciones de Jean Paul al mismo propósito, en estos términos: «Dan, si se quiere, algún ejemplo, pero ni la más remota idea de lo cómico» (4). Todavía según el mismo Vischer

(1) Estos conceptos se diferencian entre sí comunmente en el arte porque lo cómico en la acepción lata de esta palabra va junto con el ridículo; mas tomada en su sentido riguroso expresa lo que por razón del modo como es mirado y expuesto parece ridículo, aunque considerado en sí mismo no sea lo ridículo su carácter más saliente y aunque realmente no tenga el objeto tal carácter.

(2) Estética §. 47. Advertencia I.

(3) «Sobre el sublime y lo cómico» página 158, y «Estética» I §. 147.

(4) Krug, Estética §. 48. Advertencia I.

tiene verdaderamente «Jean Paul ante todo el mérito de haber hallado el solo vado posible al ridículo en su escuela preparatoria de Estética» (1).

En Aristóteles leemos: «El ridículo es una cosa defectuosa, deforme, con la cual no anda asociado el dolor ni otro ningún mal (2)». A esta definición añadiremos con Krug la siguiente nota: «solo entonces, al menos, tiene lo defectuoso el atractivo propio del ridículo, cuando su manifestación nos *sorprende*.» Podemos por tanto formular así su definición: «El ridículo es toda falta que va contra las leyes de la razón especulativa ó de la práctica, y que percibimos súbita é inesperadamente, siempre que no sea tal esta falta, ó, al menos, que no sea aprehendida de suerte que haya de producir pena, miedo ú horror.»

Ahora, ¿cuál es la causa del placer que nos produce la aprehensión del ridículo? A la razón parecerá cierto harto difícil, que sea delecta-

(1) «Sobre el sublime y lo cómico,» pág. 19.

(2) Τὸ γελοῖόν ἐστιν ἀμάρτημά τι καὶ αἴσχος ἀνώδυνον οὐ φθαρτικόν. Arist. Poet. c. 6. n. 1. ed. Bipont.

Quid sit ipse risus, quo pacto concitetur, ubi sit, quomodo existat atque ita repente erumpat, ut eum cupientes tenere nequeamus, et quomodo simul latera, os, venas, vultum, oculos occupet, viderit Democritus. Neque enim ad hunc sermonem hoc pertinet, et si pertineret, nescire me tamen id non puderet, quod ne ipsi quidem illi scirent, qui pollicerentur. Locus autem, et regio quasi ridiculi, turpitudine et deformitate quaedam continentur; haec enim ridentur, vel sola, vel maxime, quae notant et designant turpitudinem aliquam non turpiter. Cic. de or. 2. c. 58.

table la percepción de una cosa contraria á la razón misma. Nos inclinamos con Kant (1) á mirar el placer que nace del ridículo, al menos en su raíz y principalmente como una cosa puramente sensible. La súbita percepción de lo absurdo, es decir, de lo que choca con las leyes de la razón, hace una impresión psicológico-fisiológica en el organismo, y produce los movimientos de la risa ó de la sonrisa; el placer de las afecciones corpóreas relacionadas con ellos esplaya naturalmente, como otros muchos deleites sensibles, nuestro humor. Esta hipótesis no implica á nuestro parecer contradicción; Kant recurre expresamente á ella en el lugar citado para probar que es admisible. Y si se quiere admitir junto con el placer sensible del ánimo un gozo intelectual por convenir con nuestra inteligencia la súbita percepción de lo absurdo, y asociar en esos dos placeres otro tercero, de orden moral, á saber, el del sentimiento de una espiritual perfección, tampoco podemos mirar como indudablemente erróneo este modo de ver, por más que se preste á muchas dificultades.

La facilidad de tornarlo todo en ridículo, y la propensión á reirse de todas las cosas, no siempre prueba por otra parte profundidad de ingenio ni grandeza de alma; y para la verda-

(1) Crítica del juicio estético, §. 53 (edición de Franfort 1792. pág. 222.)

dera cultura y perfeccionamiento del corazón no hay otro camino peor que andar el ánimo demasiado embebido en las producciones del arte cómico. El fundamento de esta observación se desprende fácilmente de lo dicho. Razon tuvo pues el poeta para decir:

«Al vulgo puede Momo entretener en las plazas; pero los ánimos nobles solo gustan de nobles figuras.»

No queremos ocuparnos en una investigación más detenida acerca de esta materia; y así nos limitaremos á exponer con claridad la relación del ridículo con la belleza. Con lo que hemos dicho puede asentarse que el ridículo, como tal, jamás es bello; pues lo que choca con las leyes de la razón, lo defectuoso, jamás puede ser, en razón de tal, un bien, sino privación de algún bien. Pero si á toda costa se quiere hallar alguna relación entre el ridículo y la belleza, diremos que atendida la naturaleza de ambos, esta relación no puede ser otra que la de oposición. Por lo cual, á pesar de todas las razones aparentes que pueden alegarse, es falso lo que enseña Ficker (1) diciendo: «El ridículo puede llegar hasta elevarse sobre la belleza»; «lo cómico solo en apariencia es contrario á lo bello; el ideal que de un modo inmediato representa, es solo

(1) Estética, segunda edición, párrafo 70.

un ideal invertido (1);» «lo cómico pertenece, *lo mismo cabalmente que lo trágico*, al concepto estético en general». Ordinariamente la burla y el contento relativos al verdadero ridículo, tienen su fundamento en el amor y estimación de lo que es conforme á razón, de lo bueno, de lo bello; ¿pero se sigue de aquí, como pretende Vischer, que este contento sea formalmente un acto de ese amor, el gozo de la belleza? ¿ó se quiere que el temor á la presencia de la muerte sea formalmente y por su misma naturaleza el gozo de la vida? Procede cierto tal temor del amor á la vida; pero este amor solo se manifiesta en aquel temor de un modo virtual, ó si se quiere «eficiente».

La contradicción en que cae Vischer no puede ser mayor. A sus ojos «lo cómico, así como lo sublime, es un momento de lo bello; ambos se contienen esencialmente en el concepto de belleza» (2); ambos se explican como «movimiento y reacción necesarios dentro de lo bello, cuando la unidad de lo que es simplemente bello, se re-

(1) La expresión «ideal invertido», si con ella se significa algo, solo puede ser un grado sobremanera subido de fealdad (v. los números 56 y 63, nota última). Eso no es ciertamente lo cómico, sino lo absurdo, lo espantable; larga ha de ser la escala con que se haya de subir desde aquí hasta la belleza. Pero tomemos la cosa formalmente: las bellas artes son un «libre juego»; ¿qué cosa mejor puede hacer la Estética que jugar con las palabras y las ideas?

(2) «Sin embargo la fruslería de alguna cosa del mundo fenomenal inferior perteneciente al sublime en su giro patético, se os mete sin que lo advirtais entre las piernas y suele haceros dar en tierra (pág. 159).» Esto al menos es «inteligible.»

suelve en la oposicion real de sus momentos (1)», «Lo bello», (2) dice Vischer resumiendo, «simple fundament metafísico de la unidad interior de lo sublime, de lo cómico y de lo bello,» «lo bello aparece primeramente como simple posicion. Despues entra la negacion luego que llega á ser negado en el sublime su momento sensible. Lo cómico invierte la cosa y niega esta primera negacion (3). Tenemos, pues, la negacion de la negacion. *Duplex negatio affirmat*; de la doble negacion surge, pues, la esencia de lo bello». ¿Esto es filosofar ó soñar? Vischer nos responderá que no le entendemos, porque no poseemos «la idea de la unidad del pensamiento y del ser»; porque «nos falta el sentido metafísico»; porque no hemos penetrado «en la escuela de la dialéctica, donde se desata el vínculo tenaz que tiene encadenado al entendimiento á no mirar las cosas sino bajo un solo aspecto determinado (4)» A todo esto suscribimos sin reparo y aun felicitándonos por tal motivo, que no es pequeña dicha despreciar como despreciamos una doctrina, y abominar como

(1) Sobre lo sublime y lo cómico, pág. 14. Lo mismo enseña Ficker: «Las manifestaciones más excelentes de lo bello, modificaciones de la belleza, tonos de una escala, colores de un mismo rayo quebrado de luz, son lo sublime, lo gracioso y lo cómico.» (Estética párrafo 22.)

(2) Estética I. §. 82.

(3) En el escrito citado primero, pág. 225.

(4) Sobre lo sublime y lo cómico, pág. 15. 20.

abominamos de una «dialéctica» cuyos resultados son frivolidades impías; segun la cual «lo verdaderamente cómico abraza la verdadera grandeza,» porque «no hay cosa verdaderamente sublime (1)»; segun la cual «las ideas de la religion que hoy se profesan, como las grotescas figuras de los egipcios y de los judíos, y como las contradicciones en que incurrieron griegos y romanos hablando de Dios, llaman el ridículo, y solo en consideracion á la multitud de gentes que todavía las han menester, imponen ciertos respetos extraestéticos (2)»; doctrina, en fin, cuyo Dios, «el Dios de los que miran al mundo bajo un aspecto especulativo, no aborrece lo cómico, porque en lo interior de sí mismo se rie de él, porque lo conserva en sí como á lo finito, como á lo comun y hasta á lo malo, como á un momento al cual le reconoce su necesidad (3)». Jamás consentiríamos con que se nos atribuyese dialéctica semejante, que no es otra cosa en realidad sino la sofisteria del orgullo, la dialéctica del delirio.

87. Otras muchas propiedades se suelen enumerar con Krug (4) bajo el nombre, no muy escogido por cierto, de «Syngeniología estética», como afines (συγγενής) de la belleza, como «fuentes

(1) Sobre lo sublime y lo cómico, pag. 166. 165.

(2) Estética, párrafo 31.

(3) De lo sublime y lo cómico, pág. 167.

(4) Estética, §. 31.

de los placeres del gusto,» analizándoselas con gran aparato de frases y ejemplos á falta de razones. Para nuestro intento bastará fijar la atencion aunque brevemente en una sola de estas propiedades, cuyo parentesco con la belleza es tan cercano, que ambas parecen ser una misma cosa y fácilmente se confunden entre sí.

El atributo más excelente de la diosa de la bondad y la belleza segun la antigua mitología griega es la cintura de las gracias ó hechizos de amor; las gracias eran sus asíduas compañeras. Ambas imágenes expresan un mismo idéntico concepto: un suplemento que realza la belleza y completa su carácter, y sin cuyo auxilio parece como que le falta algo para poseer plenamente aquella seducción poderosa que tiene sobre los corazones, que es lo que forma su encanto, lo que rodea su expresion con el atractivo de las gracias. Por esto sin duda añade la fábula, que la reina de los dioses hubo de tomar prestada la cintura de Venus cuando en el monte Ida quiso triunfar en el corazon de Júpiter. ¿En qué consiste, pues, la gracia? ¿qué relacion tiene con la belleza?

Segun el sentido literal, llámase gracioso á lo que se entrelaza, por decirlo así, con nuestro ánimo; á lo que en manifestándose á sus ojos hace en él una impresion singularmente suave y benéfica, de tal modo, que lo cautiva y gana para sí. El mismo sentido tiene la palabra lati-

na *gratia* (1). Pero ¿cuáles son las causas psicológicas que tal efecto producen en el ánimo?

Hay dos sentimientos en el fondo de nuestra alma, cuya satisfaccion ejerce en nuestro corazon la más poderosa influencia, á saber: la simpatía y el amor de nosotros mismos. La simpatía nos inclina y mueve á amar á aquellos en quienes percibimos una disposicion de ánimo que conviene singularmente con la nuestra, las mismas inclinaciones, los mismos afectos y principios, un modo de discurrir semejante, igual direccion del entendimiento y del corazon (2). Por el contrario, de la satisfaccion del amor de nosotros mismos se sigue que nos sintamos cautivados y esperitemos contento al vernos amados, al ver que nuestras buenas partes son reconocidas y estimadas; cuando se nos cede el primer lugar; cuando se nos dispensa consideracion, respeto, confianza, y finalmente, cuando hallamos en los demás con relacion á nosotros humilde sumision, alegre obediencia (3).

(1) «*Gratia* (*χάρις*) est quae gratos et amabiles facit.... suavitas jucunditas, hoc est conditio qua aliquid aliis placet, nostr. Anmuth, Schönheit, gefälliges Aussehen» (Forcellini, *Lexicon totius Latinit.*) En castellano gracia, donaire, belleza, segun el diccionario de Raimundo Miguel.

(2) Ἐπεὶ τὸ κατὰ φύσιν ἡδὺν, τὰ συγγενῆ δὲ κατὰ εἶσιν ἀλλήλοισ ἐστίν, ἅπαντα τὰ συλλεγῆ καὶ ὅμοια ἡδέα ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ. Arist. Rhet. I. c. 11. n. 25. ed. Bipont.

(3) Καὶ τιμὴ καὶ εὐδοξία τῶν ἡδιστῶν, διὰ τὸ γίνεσθαι φαντασίαν ἐκάστῳ, ὅτι τοιοῦτος καὶ σπουδαῖος... Καὶ τὸ φιλεῖσθαι ἡδὺν?